

Guillem
Martínez

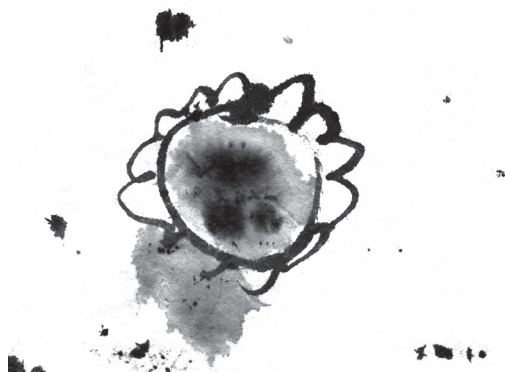
LOS
DOMINGOS



AULA LITERARIA JESÚS DELGADO VALHONDO

Guillem
Martínez

LOS
DOMINGOS



aula

Juistelegado Vallunoli

Organiza:

aeeex asociación de escritores extremeños

Colaboran:

JUNTA DE EXTREMADURA

CONSEJERÍA DE CULTURA, TURISMO Y DEPORTES

IES ALBARREGAS

IES EMÉRITA AUGUSTA

IES SANTA EULALIA

ESCUELA DE ARTE

BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL JUAN PABLO FORNER DE MÉRIDA



PARADORES
Mérida

|FUNDACIÓN CB



DIPUTACIÓN
DE BADAJOZ

Ilustración Portada:
CÚKOI VIVIDAS

Maquetación e Impresión:
Artes Gráficas Boysu, s.l.

Dirección:
ANTONIO ORIHUELA
ELADIO MÉNDEZ
ABEL HERNÁNDEZ

El programa de Aulas Literarias de la AEEX obtuvo en 2007 uno de los Premios al Fomento de la Lectura concedidos por la Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Extremadura.

EDICIÓN NO VENAL

SOBRE LA INDEPENDENCIA

Mi padre era indepe. Se hizo indepe en 1978, cuando ya era oficial y perceptible que no habría ruptura con el franquismo. Su primera actividad como indepe fue colgar carteles contra la Constitución. Acabó en comisaría. Eran unos carteles bellísimos. A cuatricromía. En el comedor de su casa, que ahora es la mía, hay colgado uno. Sale una mujer, enarbolando la tricolor y pisando una corona. Detrás, las banderas de los pueblos del Estado. En casa, un día a la semana, se reunían sus amigos indepes. Eran cuatro gatos, lo que quedaba de una izquierda que había estado en el tablero durante décadas, y que, zas, se había quedado fuera de juego en el 78. Mi padre y sus compis fumaban como cosacos, y cena ban un pà amb tomàquet. Cada uno traía lo que podía. Un día vino uno con un jamón. Lo acababa de mangar. Fue una fiesta. Los niños no veíamos nada de todo eso. Desde la cama, los oíamos reír. En esas reuniones se planeaban octavillas, encierros en iglesias y gamberradas. Casi nunca les salían, pero cuando lo hacían, se reían más. Un día robaron del Ayuntamiento el retrato del rey. No salió en la prensa. Nunca salían en la prensa. Durante años, en la prensa aparecían cosas que no eran ni tan siquiera necesario que aparecieran. Eran frikis. Catalunya y España iban bien. Ellos eran una anécdota, unos fanáticos, unos violentos que en cualquier momento podían poner una bomba. Todo lo que quedó fuera, en fin, desde el 78 hasta el 15M de 2011, tenía forma de bomba. La libertad, la igualdad y la fraternidad eran también una bomba. Desde la cama escuchábamos entre sueños cómo se iban a las tantas de casa, y saludaban, riendo, a los polis que nos vigilaban desde un coche, en la acera de enfrente. En ocasiones les cantaban: duérmete poli, duérmete yaaaa. Cuando íbamos al cole veíamos a esos polis. Cuando descolgábamos el teléfono, les oíamos respirar. Mi mamá, una chica pop, decía guarradas al teléfono, para que a los polis se les alegrara el día. Un día, un amigo del cole me llamó para felicitar me el cumple. Cuando colgó, el poli del teléfono también me dio las felicidades. Supongo que era una forma íntima de protestar. Tenía voz de buen tío. Nadie lo puede sospechar, pero durante décadas las protestas fueron ridículas. Y nobles.

En aquellas reuniones había mucho marxista del ramo duro. Ya saben, crear un Estado y, por el mismo precio, conquistarlo y establecer el socialismo vía recetario industrial. Pero también, y sobre todo, había mucha izquierda antiautoritaria. Ya saben, crear un Estado que nos liberaría. Sería el único Estado del mundo en liberar a sus ciudadanos. Tendría el menor número de leyes posibles. Si veías un poli en la acera de enfrente, sería para ayudarte a cruzar la calzada. Siempre hablaban de libertad y de liberación. Creaban organizaciones extrañas. Allí había asambleas feministas, gais, de jóvenes. Mi padre, a su vez, era un republicano radical. En la puerta de su casa, que hoy es la mía, puso unas baldosas con un poema que invitaba a la hospitalidad y, a su lado, una bandera indepe —la del triangulillo amarillo, no esa con el triángulo azul, que era la de Estat Català, una organización yuyu y de derechas—. Junto a esa bandera también había una bandera republicana. Aún está todo eso en el portal. Quizás son el último monumento peninsular a Pi i Margall y a Proudhon, dos de los pensadores que más influenciaron en la Catalunya del siglo xix y del primer tercio del xx, aunque hoy no te lo puedas creer.

De vez en cuando, detenían a algún compi de mi padre. Permanecía incomunicado muchos días, bajo aplicación de la Ley Antiterrorista. Cuando le dejaban salir, salía con el rostro demudado. Algunos nunca más volvían a las reuniones. En ocasiones, las detenciones las practicaba un juez mediático, paladín de la democracia, por lo que los detenidos no podían dejar de pensar que eran todo lo contrario a todo eso. No lo eran. Los domingos ponían tenderetes. Los del PSC se les acercaban y, desde cierta condescendencia simpática, les explicaban el ridículo que estaban haciendo, el mal que su inconsciencia ocasionaba a España su apoyo a ETA. No la apoyaban. Pero daba igual. Los de CiU, más serios y solemnes, les hablaban de lo mismo y del mal que ocasionaban a Catalunya. Y, luego, ETA, etc. Mi padre murió. Como en las novelas de Boris Vian, le salió una flor de loto en el pecho. En su entierro, hace más de diez años, vi por última vez a algunos de sus compis. Allí, copado por el amor, saludé a los héroes de mi infancia. Al hombre de hojalata, al león, al espantapájaros. Eran viejos. Estaban tristes. Empezaron a reír sólo tras los abrazos ruidosos —plas-plas-plas—, que por primera vez no escuchaba desde la cama. Eran, en verdad, abrazos emocionantes. La fraternidad es eso. La fraternidad es la vivencia del otro. Hoy ha desaparecido. En la

tele hablan de solidaridad. La fraternidad era solidaridad, pero de uno en uno. La fraternidad –plas, plas, plas– hace ruido. Cuando la sientes, tu frente se rompe como un cristal y nunca jamás vuelves a ser el mismo. Con esos abrazos que sentí en el entierro de mi padre, y que yo ya había experimentado, con otras manos, en mi espalda, comprendí mejor a mi padre. Los amigos de mi padre me explicaron nuevos planes para acceder a la liberación definitiva. Yo les expliqué los míos. Y reímos más aún.

Echo de menos a mi padre. Echo de menos su rebeldía, su enfurruñamiento continuo. Vas por las calles y observas que, en los balcones, sólo hay banderitas con triangulillo azul, escuchas a los gremlins por la radio y sólo se habla de la necesidad mística de crear un nuevo Estado, o de la necesidad mística de conservar el viejo. Curiosamente, nadie habla de libertad. Normalmente, es de lo que se deja de hablar cuando se tiene Estado, pero no antes. Hablar de libertad es una inconsciencia que ocasiona un mal absoluto a Catalunya. O a España. Según el día. Las aceras de enfrente están repletas de policías. Ahora llevan metralleta. No sé por qué llevan metralleta. Ya sólo llevan ellos metralleta. Cuando ves indepes, parecen personas más cercanas a ser ministros que a robar un jamón.

Catalunya está en Transición. Como cuando mi padre se hizo indepe. Creo que también, y sea cual sea el resultado, me quedaré fuera.

3 de julio de 2016

SOBRE EL CAPITALISMO

Hace escasas semanas murió un amigo. Un tipo divertido. Cuando íbamos a un restaurante, y el camarero preguntaba aquello de tomarán vino, él contestaba: tomaremos-vino-comopara-una-boda. Se reía con la boca llena de dientes y con la sílaba ja. El sonido resultante era un espectáculo, ya irrepitable, que acariciaba tu corazón. Aparentemente fue un infarto, pero luego, tras la autopsia, resultó que fue una infección. Hacía días que se encontraba mal. Si hubiera ido al médico, el médico le hubiera dado un pastillazo. Y a otra cosa. Pero no fue. Ir al médico hubiera supuesto dejar de trabajar unos días. Parece tozudez o un absurdo. Pero supongo que yo hubiera hecho lo mismo. Al menos, lo hice la semana pasada. Me encontraba mal.

No fui al médico. Seguí trabajando. Sigo vivo. Si uno lo piensa detenidamente, mi amigo murió, por tanto, trabajando, como en las novelas de Zola. Mi amigo es, por tanto, un indicativo de que usted y yo estamos muriendo trabajando. De que en el siglo xxi, en las zonas de colores del planeta, se muere trabajando. Lo que es una buena definición del trabajo. Cuando era pequeño, escuché a una obrera exiliada decir que «el trabajo es el 75% de la vida». La mujer lo decía orgullosa, mientras nos servía, debajo de una parra, lo que había cocinado para nosotros. Es decir, mientras trabajaba. Exhibía, en su frase y su actitud, un orgullo que hoy ha desaparecido. Se llamaba orgullo de clase. Yo, lo dicho, era pequeño entonces, pero ya debía de carecer de ese orgullo, pues recuerdo haber escuchado esa frase con terror. Ese terror ha aumentado, pues hoy sé que el trabajo no sólo es el chorrocientos por cien de la vida, sino el 100% de la muerte.

Suelo utilizar poco la palabra capitalismo. Me da pereza. Es como utilizar la palabra atmósfera, o la palabra palabra. Es algo que lo envuelve todo, de manera que es inútil e inconcreto aludir a ello. Pero cada vez me cuesta más no utilizarla. El capitalismo es explotación. Una explotación gigantesca. Es tan grande que todos participamos en ella. Lo que orienta a su carácter invisible y descomunal. No lo ves. Ni siquiera escuchas su voz. Pero te habla todo el día. Si no lo atiendes, delega en otras personas, que te vuelven a explicar las reglas del juego. Son unas reglas crueles. Carecen de piedad. Si sigues sin atender, te las

explican en tu propia casa. Te las dicen, incluso, personas que deberían acariciarte y decirte no vayas, quédate, vivir sucede en otro sitio distinto al que estás obligado a ir. En ocasiones, incluso, las reglas crueles te las llegas a decir tú a ti mismo. El capitalismo no es, en fin, la explotación de una persona por otra persona. Eso sucede, en fin, desde muchos siglos antes del capitalismo. Es algo mayor e inapelable, que impide que vayas al médico o que te comas una boca cuando lo necesitas. Es –no hay brutalidad mayor– la explotación de uno mismo por uno mismo.

21 de mayo de 2017

SOBRE LA DECISIÓN

Lo sabía todo sobre ella y, a la vez, no sabía nada sobre ella. Sabía que era la más bella del instituto, que su aliento era una locura, que su piel como una nube y que, incluso tras la clase de gimnasia, su cuerpo olía a leche, sangre y fruta. Estaba llena de gracia, era bendita entre todas las mujeres, y era bendito el fruto de su vientre, tal vez una fresa tan roja como sus labios. En su presencia no sabía qué decirle, si bien, cuando se iba, mi cabeza se llenaba de historias fantásticas, que nunca contaba. Como la historia del rey que murió, precisamente, por no haberla encontrado jamás. Un día, no sé cómo, fuimos a la gran ciudad. Juntos y solos. No recuerdo nada de aquel día, salvo el momento de la decisión.

Cuando llegó el momento de la decisión nos estuvimos mirando varios minutos. Nuestros ojos estaban copados por el placer y la timidez. No sabíamos cómo se besaba. No sabíamos tampoco qué sucede después de un beso. Qué cambia. A qué obliga un beso. Era complicado. Lo más sencillo hubiera sido rendirnos. Pero nos decidimos. Y nos besamos con la violencia lenta y salada de una ola. Recuerdo que noté su alma en mi boca. Me la daba. Sencillamente. El alma, por cierto, es azul. Sólo sale de su escondite en dos o tres ocasiones. Una suele ser con un beso. Si has devorado un alma, necesitas tener siempre una en la boca. O mueres.

No sabíamos nada. Ahora sé que tampoco sabíamos que la decisión siempre es así. Siempre se realiza frente el mismo abismo. En el segundo antes de la decisión, careces de cualquier dato acerca de todo a lo que te expones. Nunca sabes besar, pues un beso requiere dos lógicas, y una siempre la desconoces. Por lo mismo, no sabes qué sucede después de un beso. En ocasiones, una explosión de inteligencia, una libertad absoluta y turbadora. En otras, obligaciones absurdas, o algo terrible que ignoras, como la furia y el naufragio. Algunas veces ocurre algo peor, incluso. Es decir, nada. No sabes, en fin, lo que cambia tras el beso. Nadie lo sabe hasta después de la decisión, cuando es demasiado tarde. Necesitas, para ello, saborear el alma del otro. Y no sabes nada de ella, salvo que es azul, y que acude pocas veces a la cita.

Lo más sencillo, aún hoy, es rendirnos. Pero nos besamos. La decisión

no nos persigue aullando. Ni cantando. Pero nos besamos. Siempre es así. Empezó hace miles de años. Nos besamos. Nos besamos. Tomamos esa decisión salvaje.

11 de marzo de 2018

SOBRE LA SEDA

Durante semanas todos estuvimos hablando de esta historia. La historia hablaba, a su vez, de dos amigos. Si bien eran mayores, habían estudiado con nosotros. Empezaron violentando máquinas, luego vinieron pequeños atracos. Finalmente, estancos, farmacias, bancos. Atracar un banco es un oficio. No todo el mundo vale. Era, me dijo uno de ellos, lo mejor de todo. Atracar un banco tenía dos momentos mágicos y absolutamente eléctricos. Uno era encaramarte al mostrador y empezar a emitir gritos furiosos y divertidos. El otro era en el coche, cuando todo había acabado. Después de cada palo iban a las barracas que rodeaban la ciudad. A cambio de muy poco dinero, una vieja les protegía. Permanecían allí semanas, hasta que todo se tranquilizaba un poco. Solo un poco. La vieja les proveía de cierta seguridad. Y de comida, bebida, chicas. Con el tiempo, de heroína. Lo que aumentó la tarifa. Las semanas de refugio haciendo el amor, pasaron a ser semanas yaciendo junto a una chica, que también miraba a un punto lejano, en su interior. El opio nos vuelve dioses. Como humanos, eran unos salvajes temerarios, legendarios, pero como dioses, los dos amigos eran absolutamente benignos. Uno es su divinidad. La divinidad de aquellos dos era, en verdad, hermosa. Lo atestigua la única ocasión en la que el destino los separó.

Un día llegó el atraco en el que todo sale mal. Uno de ellos fue detenido. Se comió el marrón. No dijo nada. La condena fue dura. Al cabo, su amigo fue a visitarlo a la cárcel. Era una cárcel de provincias, pequeña, apastosa, de una dureza antigua. Habían escapado de sitios peores. Por ejemplo, de su infancia. Al amigo libre le impresionó ver a su amigo en aquel contexto. Tanto que dio por finalizada la visita. Volvió al coche, cogió la recortada y liberó a su amigo encarcelado. Por lo visto, resultó sencillo. Me lo imagino en la cárcel, encima de un mostrador, gritando cosas divertidas. Luego me los imagino a ambos, en la euforia del coche. Volvieron al oficio. Bancos, mostradores, gritos, coche, barracas, viejas, chicas, salvajes, dioses benignos. Pero duró poco. En breve los pillaron a ambos. La venganza fue terrible. Aparecieron en la prensa. Tenían los ojos y la boca borrados a golpes.

No sabíamos nada de política, pero aquellos amigos eran para nosotros presos políticos. Los políticos les habían dado su infancia, las

barracas, los bancos, los mostradores, la heroína. Y, con ese material infame, fabricaron algo no previsto. Como los gusanos, que comen lo que se espera de ellos, pero que, luego, de manera milagrosa e inesperada, convierten todo eso en seda. No sucede mucho. Por lo general, la mayoría de personas devuelven aquello que reciben, que nunca es seda, sino furia y desconfianza. Pero la seda existe. Y su brillo y suavidad. Cuando entro en un banco, siempre me imagino la felicidad de encaramarte en el mostrador. Si nos encaramáramos en el mostrador, todo cambiaría. Sería la explosión de belleza de la seda. La seda existe. Es volver a un sitio oscuro a rescatar a quien amas. Durante semanas todos estuvimos hablando de esta historia.

20 de mayo de 2018

SOBRE EL COMUNISMO

En los informativos se reiteraba que en el comunismo todo el mundo cobraba, si bien una cantidad muy baja, y por trabajos poco menos que simbólicos, sin una función y utilidad claras. Con esos salarios ridículos podías comprar alimentos, y vestuario, y muebles, y calzado. Pero siempre eran las mismas cosas, monótonas. Y no siempre podías adquirirlas cuando las querías o las necesitabas. Se explicaba que en el comunismo todo el mundo tenía derecho a la vivienda, si bien todo el mundo vivía en viviendas compartidas, sin intimidad. Debías ser como todo el mundo y opinar como todo el mundo. No serlo era una desgracia. Te podían detener por hablar, o por escribir libros o canciones contra el Gobierno. Se decían cosas aún más espantosas del comunismo, como que tus seres más queridos y próximos, en el caso de que no encajaras con la propuesta económica del sistema, en el caso de que no fueras como el Estado quería que fueras, podían señalarte, denunciarte, volverte la espalda. Con ello volvían a ser felices. Les felicitaban y podían llegar a ser reconocidos como personas normales por el resto de la sociedad.

Creo que aquellos informativos propagandísticos, rancios y antiguos tenían razón. El comunismo era esa brutalidad a la que había que pararle los pies. Se describió continuamente desde 1917. Pero nosotros no nos lo creímos. Incluso nos reíamos de toda esa caricatura. Por eso no le paramos los pies al comunismo. Ahora, años después de que haya desaparecido, el comunismo, aquello que describían los informativos rancios, reina en todo el mundo. Es nuestra vida cotidiana.

11 de noviembre de 2018

SOBRE LOS MUEBLES

Tiene un aspecto de fragilidad inaudita, y me explica esta historia. En los 70 sus padres tuvieron una gran idea. Montaron una tienda y se pusieron las botas. Vendían muebles a medida. Baratos, pero a medida y de calidad. Se los quitaban de las manos. Por muy poco dinero podías tener un piso con muebles para toda la vida. El negocio prosperó. Pero hace poco tuvieron que cerrar. ¿Por Ikea?, le digo. No. Eran competitivos. Aguantaron el golpe sin problemas. Les afectó otro cambio. Inconcreto, pero más radical. Se dejó de pensar en muebles de duración indefinida cuando dejaron de ser indefinidos los contratos, los alquileres, los proyectos, las personas. De pronto, todo el mundo supo que vivía en un piso poco importante, con alguien poco importante, con un trabajo poco importante. Los pisos poco importantes no se llenan con muebles importantes. Se llenan con muebles fáciles de desmontar y de transportar a otro sitio. Irte de un piso con alguno de esos muebles endebles era, así, menos triste. Mitigaba el hecho de tener que abandonar un piso en el que había habido la sensación de que, por un tiempo, algo había sido indefinido e importante. En cierta manera, se pasaron a comprar muebles endebles por pura defensa. Para evitar pensar en apuestas. Para simular que no habías apostado, o que no había sido una gran apuesta.

Cuando acaba su historia se produce un silencio, en el que cabe nuestra biografía. Su rostro, ahora que sabemos que jamás hemos hablado de muebles, es aún más frágil. Es anguloso, bello y difícil de calcular. Parece esculpido con un filo sobre la madera. Como un mueble importante. Quizás nuestro rostro ya es nuestro único mueble importante. Lo único que nos llevamos cuando finaliza la apuesta. Huir del paraíso es más sencillo cuando nunca has estado en él, cuando, en fin, has construido minuciosamente las pruebas de que el paraíso no existe.

25 de noviembre de 2018

SOBRE LAS IDEAS

Decía Kropotkin que la revolución se producía en la cabeza. Aludía con ello a un momento de comprensión, una aha experience, consistente en percibir que la brutalidad venía de la propiedad, y que la propiedad venía garantizada por el Estado. A esa sencilla ecuación se le denominaba La Idea. Y al momento de su aprehensión, revolución. Cuando La Idea entraba en la cabeza se producía, así, un gran cambio en la percepción que lo cambiaba, a su vez, todo. La vida, en efecto, cambiaba. Cambiaba la percepción de los demás, de la amistad, de la pareja, de la paternidad, de la maternidad. Cambiaba la idea de la propiedad, del dinero, del trabajo, del ocio, del consumo. Era, en efecto, una revolución. Eso fue, por ejemplo, lo que le pasó a Tolstoi. Después de esa revolución en su cabeza creó escuelas, liberó a sus siervos, les dio la tierra. Y murió en una estación de tren, junto a su hija, intentado huir de una familia que no entendió su cambio. Yo vi personas con esa cabeza. Hace décadas que no existen. Las añoro. No eran Tolstoi. Habían aprendido a escribir a duras penas. Tenían una mirada tranquila, humilde, que no he vuelto a ver. En cierta manera, poseían la mirada del inmortal, la persona que, salvo al destino, no espera ni teme nada, porque ya lo tiene todo.

Me pregunto cuándo cambió todo. Cuándo dejó de ser posible que la revolución se produjera en la cabeza. Cuándo, de pronto, se empezó a producir, en contrapartida, absolutamente todo en la cabeza. Todo. Mejor que en la realidad. Con todo lujo de detalles, de respuestas, de soluciones. Con una energía tan vital que suple la vida, que suple liberar a siervos, darles la tierra. Con más vehemencia, pero sin ningún contacto con el exterior de la cabeza. Cuándo en la cabeza se produjeron políticas tan perfectas y vívidas que impiden ver la brutalidad cotidiana. Cuándo se dejó de percibir la brutalidad porque, en la cabeza, no cabía, ensuciaba el paraíso que nos explicaban.

17 de febrero de 2019

SOBRE EL PAISAJE

Esta historia me la explicaban de pequeño. Tras explicarla se producía siempre un silencio y, después, se hablaba de otro tema apresuradamente, como para olvidar ese silencio. Sucedió poco antes de que yo naciera. Supongo que se explicaba de vez en cuando porque me afectaba a mí, al menos más de lo que afectaba, como verás, a las personas que me lo explicaban. Hablaba de otra época, anterior a la mía, que finalizó de alguna manera con mi nacimiento, que nada tuvo que ver con todo ello. Hablaba, por tanto, y mucho, de otra época posterior. Mi época. Empezaba con una persona llamando a la puerta de una casa de fachada verde, a pocos kilómetros de la gran ciudad. En breve aquella casa sería la mía, y en su patio jugaría eternamente. Quien llamaba a la puerta no lo sabía. Era un pobre pidiendo limosna. La limosna que se daba entonces, y eso me sorprendía, ya era radicalmente diferente a la que se empezó a dar después, en mi época. Se daban naranjas, pan. O, como fue el caso, un plato de lo que se comía aquel día. Aquel hombre lo comió en la puerta, en una silla, mientras recibía conversación, esa región del respeto. Era un hombre muy mayor, desanimado, sin fuerzas. Y esta fue su conversación. Explicó que era de otra ciudad. A unos 200 kilómetros. Había venido a la gran ciudad a ver a su hija. Pero, durante su periplo, su hija había vuelto a su ciudad de origen, de manera definitiva. Desprovisto de un número de teléfono o de dinero, sin forma de contactar con su hija, estaba haciendo el camino de vuelta a pie, pidiendo limosna, durmiendo al raso. En la casa verde se decidió pagarle el viaje en tren. No era mucho, pero era una cantidad llamativa. El tren, además, pasaba justo al lado de la casa verde. De noche, el tren nocturno, inacabable, repleto de vagones, arrullaba a los niños de la casa verde. El hombre que pedía limosna aceptó la oferta, pero la amplió. Se comprometió a devolver el dinero del billete cuando llegara a su destino, y fuera tutelado y cuidado, como estaba previsto, por su hija. Se aceptó el trato, con cierto escepticismo. Escepticismo, incluso, en la existencia de la hija. Al mes llegó una carta, con faltas, repleta de fórmulas de cortesía de otra época, redactada por la hija de aquel hombre. Y un billete de una moneda que se llamaba peseta, que satisfacía la deuda contraída, en su día, con un apretón de manos. «Hoy», decía el adulto que explicaba la historia, para

concluirla, «todo eso sería imposible». En la cabeza de todos se ordenaba todo aquello que ya era imposible. Y, con ello, mi época. Una época en la que era imposible dar de comer a un extraño, hablar con él y, además, escucharle. Apostar por él. Que el extraño pagara su deuda. Y, por encima de todo, y eso es lo que creaba el silencio, ese escalofrío tras explicar esta historia, resultaría imposible confiar en alguien sumamente parecido a ti, pero con otra suerte, y que se llama extraño.

Se dice que en el siglo xx el paisaje del planeta cambió más que en todos los siglos anteriores juntos. Y, en efecto, no existe aquella casa verde, o el cañizal que la separaba de la vía, o la acequia que pasaba por el cañizal, desde la que cantaban las ranas, sobre el sonido del tren nocturno. Pero tampoco existen las personas que llamaban a su puerta, o sus propios habitantes, que la abrían. La historia que se me explicaba en la casa verde hablaba de un árbol, en el que habíamos vivido milenios, y del que nos bajamos para caminar por una suerte de sabana. La historia era la melancolía del animal que no fuimos, que nunca fuimos. Hasta ahora. Ese animal salvaje, que no aparece en la historia, es mi época, mi silencio, mi escalofrío.

21 de septiembre de 2020



Guillem Martínez (Cerdanyola del Vallés, 1965) es escritor, guionista –su último programa, *Polònia*, para la TV3 de Cataluña, ha ganado los premios Ondas y ACT-, y periodista. Publica de forma regular en el diario *El País* desde 1996. Para este diario ha escrito crónicas y opinión, artículos de viajes y diversas series periodísticas. Ha practicado el artículo de opinión y/o el reportaje en *Interviú*, *Tiempo* o *Play-Boy*. Desde 2015, en *CTXT*, ha sido destacado por sus crónicas de las interioridades del llamado procés en Cataluña. En 2015 firmó un manifiesto en favor de Barcelona en Comú.

Es autor de los libros *Grandes Hits* (Mondadori, 1999), *CT o la Cultura de la Transición* (Mondadori, 2012), *Franquismo Pop* (Mondadori, 2001), *Pásalo* (Mondadori, 2004), *La canción del verano* (Mondadori, 2007), *Barcelona rebelde* (2009), *La gran ilusión* (Debate, 2016), *57 días en Piolín* (ed. Lengua de Trapo, 2018), *Caja de brujas* (ed. Lengua de Trapo, 2019), *Los domingos* (Editorial Anagrama, 2021),

En www.guillemmartinez.com lleva dos años intentando analizar la cultura española a tiempo real.

1. Francisco Brines 2. Jorge Márquez / Miguel Murillo 3. Bernardo Atxaga
4. Ada Salas / María José Flores 5. Luis Landero 6. José Agustín Goytisolo
7. José Hierro 8. Juan José Millás 9. Justo Vila / Fco. José Vaz 10. Clara
Janés 11. Antonio Gamoneda 12. Félix Grande 13. Ana Rossetti 14. Luis
Mateo Díez 15. Dulce Chacón 16. Luis Antonio de Villena 17. Luis García
Montero 18. José Viñals 19. Manuel Martínez Mediero 20. Antonio Mar-
tínez Sarrión 21. Gustavo Martín Garzo 22. Jorge Riechmann 23. Juan
Carlos Mestre 24. Olvido García Valdés 25. Javier Tomeo 26. José Ma-
ría Merino 27. Irene Sánchez Carrón 28. Espido Freire 29. Rosa Regás
30. Felipe Benítez Reyes 31. Víctor M. Díez 32. Rufino Félix Morillón 33. Ana
María Matute 34. José Manuel Caballero Bonald 35. Ignacio Martínez
de Pisón 36. José Antonio Ramírez Lozano 37. Unai Elorriaga 38. Rafael
Chirbes 39. Carlos Marzal 40. Luis Alberto de Cuenca 41. Jesús Sánchez
Adalid 42. Juan Bonilla 43. Carmen Alborch 44. Agustín García Calvo
45. Almudena Grandes 46. Inês Pedrosa 47. Isaac Rosa 48. Fernando Bel-
trán 49. Ángel Campos Pámpano 50. Belén Gopegui 51. Benjamín Prado
52. Luisa Castro 53. Antonio Soler 54. Antonio Pereira 55. Basilio Sánchez
56. Ricardo Menéndez Salmón 57. José Luis Peixoto 58. Raúl Guerra Ga-
rrido 59. Santiago Castelo 60. Luis Eduardo Aute 61. Gonçalo M. Tavares
62. Eugenio Fuentes 63. Marina Mayoral 64. Suso de Toro 65. Cristina
Grande 66. Luis Felipe Comendador 67. valter hugo mæe 68. Jordi
Doce 69. Antonio Gómez 70. Déborah Vukusic 71. Joan Margarit i Con-
sarnau 72. Fernando Sanmartín 73. Andrés Neuman 74. Eladio Orta
75. Francisco Javier Irazoki 76. Ángel Petisme 77. Diego Doncel 78. Dante
Medina 79. José María Cumbreño 80. Pablo Guerrero 81. Enrique Falcón
82. Ferran Fernández 83. Daniel Casado 84. Irene Gruss 85. Luis Chaves
86. Uberto Stabile 87. Antonio Rigo 88. Nurit Kasztelan 89. David Pielfort
90. Ana Pérez Cañamares 91. Pilar Galán 92. Gsús Bonilla 93. Juan
Manuel Barrado 94. David Eloy Rodríguez 95. Eduardo Moga 96. Esteve
Soler 97. David Trashumante 98. David Castillo 99. Paco Gómez Nadal
100. Javier Lostalé 101. Ámbar Past 102. Itziar Pascual 103. Javier Pérez
Walias 104. Alicia Es. Martínez Juan 105. Gema Estudillo Herrera 106.
Tirso Priscilo Vallecillos 107. Raúl Cortés 108. Antonio Ramírez Almanza
109. Manuel Cañada 110. Montserrat Villar González 111. Susana Mar-
tín Gijón 112. Guillem Mertínez.

112

Asociación
de Escritores Extremeños